

EL PRÍNCIPE CISNE

2º, 5º

Su nombre era Botvid y tenía quince años. Era un pobre huérfano de un caballero. No tenía ni castillo ni espada. El noble deseo de servir al más grande y ayudar al más débil, era todo lo que poseía.

La víspera de Navidad Botvid estaba paseando por un bosque de abedules. Se hacía de noche. En el oeste, el cielo era como un lánguido mar rojo, en cual navegaban barcos dorados hacia países lejanos. El hielo blanco sobre los abedules y la nieve del suelo reflejaban todos los colores del cielo.

Botvid se quedó inmóvil, extasiado. No podía decir qué era más hermoso, el cielo o la tierra.

Sobre su cabeza escuchó un fuerte ruido. Eran tres cisnes blancos volando hacia desde el este. El muchacho dirigió ambos brazos hacia ellos gritándoles:

-¡Llevadme con vosotros, oh, llevadme con vosotros!"

Los pájaros fueron descendiendo hasta él. El primer cisne, que era más grande y más blanco que los otros, inclinó su cabeza de forma que Botvid podía mirarlo a los ojos. En sus ojos vio una inimaginable tristeza y sintió un gran amor por el pájaro real.

Del pecho del cisne salía sangre y una de las gotas cayó en la palma de la mano de Botvid. La gota quemaba como fuego, pero se transformó inmediatamente en un centelleante rubí. Entonces el cisne se elevó de nuevo y lanzó un triste y prolongado grito. Sus poderosas alas batían el aire, mientras continuaba su camino seguido por los dos cisnes.

El muchacho se quedó mirándolos hasta que desaparecieron en la luz del crepúsculo.

Continuó su camino y estaba bastante oscuro cuando llamó a la puerta de un castillo que se erguía gris y solitario en la orilla del bosque. Allí vivía un anciano caballero sólo con sus perros y halcones. El caballero lo recibió muy hospitalariamente. Estaba encantado con la cortesía del muchacho. Y estaba feliz de no estar solo en esa noche antes a Navidad.

-¿De dónde vienes, muchacho, y cuál es el motivo de tu viaje?" Le preguntó.

Entonces Botvid le contó que había visto un hermoso cisne blanco y que había sentido un gran amor por él. Le mostró su brillante joya.

El anciano tomó la piedra en su mano y la hizo brillar a la luz del fuego.

-"Es una gota de sangre del príncipe encantado", dijo "Hace mucho tiempo, cuando yo era tan joven como tú eres ahora, yo lo vi también. Cada año en la víspera de Navidad viene con la esperanza de ser redimido de su encantamiento. Yo también tuve una piedra como ésta."

-"¿El príncipe encantado?" preguntó Botvid mientras sentía el batir de alas de su aventura rozando sus mejillas.

-*"Yo voy a ir liberarlo."*

-*"Yo también lo quise hacer."* dijo el anciano, pero no lo conseguí, así como tampoco los otros que lo trataron.

-*"¿Por qué no?"* preguntó el muchacho.

-*"Tuve miedo"*, replicó el caballero. *"Recuerda, niño, uno falla normalmente por tener miedo"*

Botvid se sorprendió mucho más, pues el caballero no parecía que supiese lo que era el miedo.

-*"Lo recordaré"*, le dijo.

Al día siguiente, el primer día de Navidad, después de haber oído la misa de la mañana temprano con el anciano caballero en la iglesia cercana, Botvid emprendió su búsqueda del príncipe encantado.

Preguntó en todas partes por los tres cisnes blancos, pero nadie los había visto ni había oído de ellos. Al caer la oscuridad llegó a la cueva de un ermitaño.

Allí pidió alojamiento por una noche, y si podía calentarse al lado del fuego.

Al ermitaño le agradó la franqueza del muchacho y le preguntó:

-*"¿De dónde vienes, y por qué estás viajando?"*

Botvid le mostró la gota de sangre convertida en piedra y le contó al ermitaño del cisne sangrante con los ojos tristes y el grito lleno de temor. El anciano tomó el rubí en sus manos y de repente unas lágrimas rodaron por sus secas mejillas.

-*"Mi joya brillaba igual que ésta"*, le dijo. *"Yo también una vez traté de liberar al príncipe encantado, pero no lo conseguí, como tampoco todos los otros que lo trataron"*

-*"¿Por qué no?"* preguntó Botvid.

-*"Porque dudé,"* contestó el ermitaño. *"Recuerda, niño, uno falla por la duda."*

-*"Lo recordaré"*, dijo el muchacho sin comprender exactamente lo que el ermitaño quería decir. Después de pasar la noche con el ermitaño, continuó su camino en busca del príncipe que había sido convertido en cisne. En todas partes donde preguntaba por los tres pájaros blancos, nadie sabía nada de ellos.

Al llegar la tarde llegó a un monasterio y pidió alojamiento. Después que Botvid había participado de la comida de Navidad de pescado salado y arroz con los cófrades, vino el abad y le habló. Le gustó el gentil carácter del muchacho y le preguntó:

- *"¿De dónde vienes y cuál es el objeto de tu viaje?"*

El muchacho le mostró la joya roja como la sangre y le habló sobre su encuentro con los tres cisnes blancos la víspera de Navidad. El anciano abad tomó el rubí en su mano y la levantó hacia la luz.

-*"Es la misma piedra", dijo, "exactamente la misma piedra. Yo también quise romper el hechizo, pero fallé igual que los otros".*

-*"¿Por qué?"* preguntó Botvid.

-*"Porque no fui capaz de olvidarme de mi mismo",* respondió el anciano.

-*"Niño, recuerda que uno falla por esto"*

Botvid lo miró con ojos bien abiertos, pues el abad no parecía que perteneciese a aquéllos que piensan mucho sobre ellos mismos.

-*"Lo recordaré",* dijo, y la mañana siguiente salió de nuevo a buscar al príncipe cisne.

Durante mucho tiempo estuvo errando en su búsqueda. A veces no podía seguir adelante por debilidad, y a menudo estaba a punto de perder la esperanza.

Pero tan pronto miraba el rubí rojo como la sangre, su debilidad y su desesperación se desvanecían como por arte de magia. Entonces se acordaba de los ojos suplicantes del cisne que nada sentía que nada en el mundo podía impedirle desencantar al príncipe.

-*"¿Qué hermoso debe ser como ser humano cuando es tan bello como cisne!",* se decía a sí mismo.

Una tarde, Botvid llegó a un bosque de pinos negros, mucho más altos que los que él había visto siempre. El viento soplaba a través de las ramas con un sonido de temor y tristeza. Más profundo en el bosque vislumbró las paredes de un palacio blanco y Botvid supo que había llegado a la morada del cisne blanco. Una voz parecía susurrarle las tres palabras de oro que había escuchado de los tres ancianos:

-*¡No temas! ¡No dudes! ¡Olvídate de ti mismo!"*

Botvid las repitió en voz baja y tomó el rubí en su mano para, tomar fuerza de su brillo. Entonces se dio cuenta que con el rubí en su mano podía comprender el lenguaje de los pájaros. Dos mirlos estaban posados en lo alto de un pino y uno de ellos dijo:

-*"Hoy es el día en el que el príncipe cambia su forma. Hoy volverá a su figura humana por una hora"*

-*"Hoy vendrá su libertador, cantó el otro". Este es el día en el que el encantamiento puede ser roto."*

-*"Mira, su libertador se aproxima",* dijo el primer mirlo alegremente.

-*"Veo a un joven con una frente luminosa encaminándose al castillo por entre los árboles"*

-*"Pero es todavía chico y joven",* contestó el otro.

-*"¿Cómo va a alcanzar lo que nadie pudo?"*

Entonces Botvid elevó su mano para hacer una promesa, y el rubí brilló entre sus dedos.

"Lo haré", exclamó, siento que he sido elegido"

Asustados, los dos mirlos emprendieron el vuelo y desaparecieron entre los pinos.

Botvid continuo su camino a través del bosque y llegó al palacio. Tres cisnes salvajes estaban posados en los peldaños, y en el mismo momento en que el muchacho los vio, sacaron su abrigo de plumas y tres jóvenes se erguían ante él. Uno era mucho más fino y grácil que los otros y cuando Botvid subió hasta él, reconoció en sus ojos la mirada del cisne herido.

"¡El príncipe!", pensó Botvid, y se arrodilló ante él pues sintió la presencia del más alto y mejor, aquel que él había querido servir.

El príncipe le estrechó sus manos.

"Bienvenido", le dijo *"puedo ver por tus ojos que tú has venido a salvarme. Muchos lo han tratado, pero nadie lo ha conseguido. Eso es todo lo que me está permitido decirte."*

Nunca en su vida, Botvid había escuchado una voz con un sonido tan gentil de tristeza, y estaba dispuesto a hacer todo para romper el hechizo.

"Daré la sangre de mi corazón por tu causa", le dijo con ojos centelleantes.

El príncipe sonrió tristemente.

Enseguida los dos compañeros del príncipe dieron a Botvid una espada y un escudo. Lo vistieron con armadura y yelmo. Botvid sintió crecer su fuerza y esperó con fuertes latidos de su corazón por el monstruo que tenía que venir a luchar contra él.

Pero no llegó ningún monstruo ni dragón. En lugar de esto estaba rodeado por una luz de anochecer *no terrenal*.

El príncipe y sus sirvientes se desvanecieron y el palacio blanco pareció ser tragado por la tierra y a la luz del crepúsculo se disolvió en la noche.

Botvid estaba solo en la tétrica oscuridad. No sabía cuánto tiempo estaba de pie allí, cuando escuchó unos pasos tras él. Algo se deslizaba cerca de él quedamente y luego volvía de nuevo. Botvid sintió que el aire a su alrededor estaba lleno de una presencia diabólica. A veces esto estaba tras él, otras delante de él.

Aterrorizado, desenvainó su espada bruscamente pero no golpeaba nada. Se acercaba a él y volvió a golpear pero no había nada que pudiese tocar. Luego la tierra comenzó a sacudirse y el aire temblaba. Sintió que eso se deslizaba tras su armadura y lo tocaba con manos frías y deformes.

Le vino un sudor de miedo y temblaba como una hoja. Su espada se deslizó de sus impotentes manos y con un grito de terror cayó al suelo rendido por el temor.

La noche se volvió alba y el alba día. Botvid vio al príncipe que estaba sobre los peldaños desplomado. El más alto al que él quería servir era ahora el más débil, al cual siempre quiso ayudar. El temor se le fue. Quiso caer de rodillas para pedir perdón, pero en un instante el príncipe y los sirvientes volvieron a convertirse en tres cisnes blancos, que se lanzaron al aire con un grito de lamento y desaparecieron.

"Pasó la hora," cantaron los mirlos. *"Pasó la hora"*

Pero Botvid levantó el rubí y vio el sol brillando en las profundidades del rojo-sangre.

-*"La hora volverá de nuevo"*, dijo. Y salió al mundo para aprender cómo superar el miedo.

Después de que había pasado un año, Botvid volvió otra vez al palacio. Los dos mirlos cantaban todavía en el bosque, hablando de la rotura del hechizo y el príncipe y sus dos sirvientes sacaron sus plumas cuando Botvid se aproximaba.

-*"Bienvenido,"* dijo el príncipe.

-*"Sólo dos antes que tú han vuelto para un segundo intento de liberarme. Esto es todo lo que me está permitido decirte"*

La voz llena de tristeza penetró mucho más profunda mente en el alma del muchacho que antes.

-*"Nada es demasiado"*, dijo. Y sus ojos brillaron más ardientemente que nunca, pero la sonrisa del príncipe era mucho más triste que la primera vez. Los sirvientes vinieron, pusieron a Botvid la armadura y el yelmo y le dieron una espada y un escudo en su mano.

El día paso al crepúsculo y el crepúsculo se volvió noche. Todos los poderes demoníacos del miedo se lanzaron sobre Botvid. Hacían a la tierra sacudirse, y al aire temblar. Agarraban su nuca con manos deformes dos veces más fuerte que la primera vez.

Esta vez sin embargo no trató de usar su espada. Se mantuvo en calma y a través de la oscura noche y el miedo vio la mirada triste del príncipe, cuya pena él quería cambiar en alegría. Entonces los espíritus del temor se alejaron y de nuevo se hizo de día con sol brillante. Botvid estaba lleno de alegría pues pensó que el príncipe ahora estaba liberado. Pero cuando los sirvientes lo desarmaron y se aproximó al príncipe para arrodillarse ante él, vio que la cara del príncipe había cambiado. No quedaba. Nada de la dignidad y nobleza y de la paciente tristeza. Los ojos del príncipe se habían vuelto fríos y duros. Su boca se había girado a una sonrisa burlona y de sus labios salían palabras demoníacas. Botvid permaneció frente a él mudo de asombro.

¿No había anhelado el príncipe su desencanto y no había él, Botvid, resistido la prueba?

Pero ante los ojos de Botvid los gestos del príncipe cambiaban cada vez más. Ahora parecía un detestable animal y Botvid sintió todo su ser endurecerse de repugnancia.

-*"¡No!"*, grito invadido por la duda y cubriendo su cara con sus manos,

-*"Tú no eres quien yo pensé que eras. ¿Por qué traté de liberarte?"*

Y mientras miraba a esa cara retorcida temblaba con horror. Pero gradualmente el príncipe recobró su figura normal y de nuevo Botvid vio los ojos tristes y se dio cuenta que había fallado por segunda vez.

Y antes de que pudiese pedir perdón, los tres cisnes elevaron el vuelo por encima de las copas de los árboles y desaparecieron con un triste grito.

Pero Botvid vio a través de sus lágrimas al brillante rubí e hizo la promesa de conquistar la duda la próxima vez.

Un año más tarde volvió y todo fue como las veces anteriores. El príncipe le dio su mano y la bienvenida.

"Antes que tú solo volvió uno para probar liberarme", dijo. "Pero falló. No puedo decir más."

Botvid, que pensaba que no podía ocurrirle nada peor de lo que ya había ejercitado, sonrió confiado, diciendo:

"No hay nada que no pueda ser sobrellevada. "

Una vez más fue vestido con la armadura completa y los poderes del temor cayeron sobre él en la oscuridad, tres veces más fuerte, pero triunfó sobre ellos.

Después que el príncipe se volviese un ser fantasmagórico esta vez era dos veces más repulsivo. Pero a través de la cara distorsionada Botvid vio cómo a través de un velo el verdadero ser del príncipe, y detrás de la terrible voz, escuchó la verdadera voz del príncipe. Ni por un momento permitió que la duda entrase en su mente y así el príncipe recuperó su verdadera figura..

El corazón de Botvid saltaba de alegría:

"Ahora la prueba se terminó", pensó para sí.

"El príncipe está libre y yo puedo permanecer como su amigo y servidor"

Pero antes de que tuviese tiempo de hincar su rodilla ante el príncipe y jurarle fidelidad, dijo:

"Ahora debes morir", y le dio una espada.

Botvid retrocedió y sus ojos se abrieron con horror

"¿Morir?", balbuceó, "justo ahora cuando mi vida está por empezar"

"Tu prometiste darme la sangre de tu corazón, continuó el príncipe acercándosele.

"¿No te acuerdas?"

"No, no mi vida", gritó Botvid. "Mi vida es todo lo que poseo". Y toda su vida vino ante él: amor, actos heroicos, honor.

"¡No, no mi vida, no mi vida!" grito en alta voz.

"Un hombre puede decir tal cosa, pero no hacerlo nunca!"

Entonces la espada cayó de la mano del príncipe y como cisne blanco se elevó sobre las copas de los árboles con sus dos sirvientes. De su pecho cayó una lluvia de gotas rojo-rubí y el grito del pájaro era tan lleno de tristeza que Botvid se tiró al suelo y lloró.

"Ha fallado" gritaron los mirlos, "tres veces ha fallado. No volverá nunca más".

Pero cuando Botvid se puso en pie de nuevo con el rubí firmemente apretado en su puno cerrado, había resuelto ir al mundo para aprender a olvidarse, de sí mismo.

Pasaron muchos años hasta que pensó que estaba preparado para volver al bosque de pinos. Pero cuando iba acercándose al palacio los mirlos lo reconocieron.

-*"Mira, mira", cantaron, "el libertador está llegando. El conquistador del miedo, el maestro de la duda ha venido para superarse a sí mismo"*

Botvid inclinó su cabeza humildemente y esta vez no dijo palabras de orgullo. Cuando llegó ante el príncipe, Botvid se arrodilló y besó su mano.

-*"Pruébame una vez más, Señor", dijo.*

El príncipe le hizo levantarse y lo miró.

-*"Nadie, nadie ha vuelto por cuarta vez, ¿Por qué has vuelto después de todo lo que has soportado?"*

-*"Señor", contestó Botvid, "¿Cómo podría olvidarte?"*

-*"¿Qué es vida para mí si no puedo servirte?"*

Entonces superó la primera y la segunda prueba y ni el temor ni la duda pudieron sacudir su coraje ni fe.

Finalmente el príncipe le tendió la espada brillante y se la dio:

-*"Ahora debes morir", le dijo, y Botvid tomo la espada.*

-*"¡Ahora puedo morir!"* Y miró a los otros dos que liberaría y a los que serían liberados con él y a los blancos abrigo de plumas de cisne que no serían más cadenas ni prisiones.

Entonces levantó la espada, la clavó en su pecho y cayó al suelo. Un torrente de sangre rojo-rubí se esparció sobre el pasto.

El príncipe se inclinó sobre él, y sacó la espada. Después puso su mano sobre la herida, la cual se cerró y sanó en un momento. Botvid se puso en con toda su fuerza y juventud renovadas. Miró profundo a los ojos del príncipe sin temor y no vio más tristeza, sino brillo de alegría. El príncipe le dio su mano.

-*"Gracias, mi liberador", le dijo.*

Y los mirlos cantaban de la lealtad que no conoce fronteras y del amor que conquista todo.

Aportación de Macarena Ochoa